

Capítulo V. Dramatismo y fuerza del ser.

V - 1. La voluntad como facultad reguladora de la tensión a mantenerse en el ser.

Iniciamos un nuevo capítulo con la intención de aportar calor de carne a nuestro análisis de la persona humana. No tenemos que apartarnos del camino hasta ahora seguido. El análisis de esencias hay que hacerlo en vivo, sobre una humanidad ya hace tiempo en marcha, entre tragedias, éxitos y dramas. Drama es sencillamente el hacer humano. El término viene de $\delta\rho\alpha\omega$, hacer. Se connota con él el “hacer” humano bueno o malo, apasionado o tranquilo, “hacer” que llenando nuestras horas resulta ser la más abundante causa de satisfacción de nuestro apetito vivencial. El dramatismo logra que el sentido trascendente que imprimimos a la vida en momento de especial densidad, se distienda en el tiempo comprometiendo todos los niveles de nuestro psiquismo: energía, sentimiento, afecto, sentido estético, satisfacción sensorial, memoria generacional e histórica... y el mismo sentido trágico. En la empresa de convivir el hacer humano está comprometido en todos sus aspectos. De ello ha resultado verdad o error, respeto a Dios y al hombre, o egoísmo desbocado de los poderosos. El caldo de cultivo de nuestra vida ha sido una *situación de hecho*, mezcla complejísima de aciertos y desaciertos y llena de dramatismo.

Esta *situación de hecho* ha de ser contemplada por el analista, no para justificarla por el mero prestigio de su dramatismo, sino para discernir en ella lo bueno de lo malo, y dentro de lo malo lo tolerable de lo intolerable.

Tarea difícil por cuanto que hay que hacerla en la carne viva de un *quehacer* humano comprometido por intereses y afectos.

V - 2. El dramatismo afecta también al ser.

La tarea se nos presenta agitada y nos suscita, por contraste, la añoranza de la tranquilidad de la pura abstracción. Pero también aquí la añoranza desfigura la realidad y engaña. Huyendo del dramatismo vamos a dar en su raíz. Porque en la pura abstracción, es decir, en el análisis de esencias, radica el dramatismo de la vida y del teorizar sobre ella. Importa mostrarlo para no falsear el trabajo de teorizar filosóficamente teniéndolo como algo, en el mejor de los casos, inútil; si ya no perjudicial para la observación práctica de los acontecimientos.

¿Pero qué dramatismo cabe en el ser último de las cosas, siendo así que éste tiene su origen y apoyo en la serenísima e inmutable omnipotencia del puro Ser de Dios?

Es verdad que las cosas “cuentan con Dios” para ser. Pero el ejercicio de ese ser carga íntegro sobre las espaldas de las cosas. Estas “soportan” desde la mañana hasta la noche un ser constantemente asomado al abismo de la nada y como amenazado de caer en ella. Son más nada que ser. Todo lo que tienen de ser es puro don del puro ser. Don constantemente mantenido, so pena de volver a la nada. Pero esto el ser, aun el participado, no lo quiere. El ser quiere ser. Les compete pues a las cosas una como tensión a mantenerse en su ser, y en su ser específico, en la concreta configuración que el ser adquiere en cada una de ellas, en su esencia, en su ser piedra, árbol, caballo u hombre. Es una tensión profunda, si alguna, y seria, es decir, actuosa y eficaz, perseverante por encima de cualesquiera variaciones de las circunstancias.

Esta tensión metafísica a mantenerse en el ser, que en el capítulo anterior contemplábamos como generadora de la riqueza de ser de las cosas y de su tensión manifestadora, ahora la encontramos en el ser humano -constitutivamente consciente de sí mismo- como la raíz de la voluntad.

V - 3. La cuestión sobre la fuerza del ser y la fuerza de la voluntad.

Pero no se ha de concebir la tensión de que hablamos a modo de una fuerza que el ser (humano o no) puede sacar de su interioridad en mayor o menor grado, lo mismo que la fuerza que pueden desarrollar los brazos de un boxeador. El boxeador tiene la fuerza por sí mismo y desde sí mismo, y es una fuerza física capaz de superar a otras fuerzas también físicas. No es de ese tipo la fuerza que el ser hace sobre sí mismo para mantenerse en el ser. En realidad, no hace ninguna fuerza ni desarrolla ninguna tensión. Su acción es más profunda y de otro tipo. Esta acción nace de la profundidad del ser y no afecta a la esencia sino a través del ser. La del boxeador, a la inversa, nace de las cualidades que le competen en cuanto esencia física, en cuanto concreción material y formal de su ser, en cuanto realización física de su ser: de ahí nacen como de su fuente inmediata, aunque radicalmente nacen de su ser. El boxeador tiene la fuerza en sus brazos y es una fuerza proporcional a la contextura de ellos, tipificada por su carácter musculoso. Pero el soporte y raíz última de esa fuerza es el hecho de estar instalado en el ser y fuera de la nada. Se nos haría bastante chocante y hasta chusco concebir que el boxeador tiene más fuerza que las personas normales porque “es” en un grado superior a ellas, porque posee un ser que como ser, no precisamente como modo de ser, es superior al de los demás.

V - 4. ¿La fuerza del ser es la fuerza física de la voluntad?

Entonces ¿dónde hay que localizar la fuerza del ser? Ya que se ha dicho que es la raíz de la voluntad ¿tendrá que ver con los ejercicios de firmeza y decisión en el querer, recomendados para quien desee vigorizar su voluntad? O más bien, presentándose la fuerza del ser como una propiedad metafísica y por lo tanto necesaria e indefectible ¿tendremos que pensar que nuestra voluntad es necesariamente fuerte, y no necesita, por lo tanto, ninguna clase de ejercicios de vigorización?

La primera alternativa, la de la necesidad de ejercicios psíquicos para fortalecer la voluntad, siendo así que ésta extiende su imperio –ciertamente precario y relativo- a todo el complejísimo psiquismo humano, exigiría una aclaración sobre la estructura del ser humano, para obtener un esquema provisto de suficientes puntos de inserción para los muchos datos que esperaríamos reunir. La descripción detallada de lo que es el hombre nos obligaría a recorrer no sólo la anatomía, la fisiología y la psicología, sino prácticamente todas las disciplinas que se enseñan en las universidades, si algo significa el término “microcosmos” aplicado al hombre desde el alborar del pensamiento occidental.

Pero esa labor nos rebasa y no estamos por ella. Entre otras razones, porque no es necesaria. Vale más una simple intuición de esencia que recoja suficientemente las repercusiones existenciales, la carne palpitante, de la *fuerza de la voluntad* y, a la vez, nos introduzca en su fundamentación metafísica.

Empecemos por apuntar al corazón del hombre.

V - 5. Apuntando al corazón

Es general en las culturas que han florecido en la tierra -al menos de las que hayan llegado a descubrir que el interior humano no se reduce a un manojito caótico de estímulos e impulsos, incapaces de fundamentar una vida con un mínimo sentido humano- considerar al corazón como el centro de gravedad de toda la pretensión vital de la persona, y como el depositario último de la sinceridad.

Es significativo que en la Biblia la palabra que aparece mayor número de veces es “corazón”. Más de setecientas veces¹. Sin atribuirle al hecho un valor estrictamente probativo, es legítimo ver en él la señal de que el ser humano colocado en su dimensión religiosa, la más trascendente de sus dimensiones, ve en el corazón el punto de convergencia de la religión como vocación y la religión como respuesta personal, afirmando implícitamente que en él, y sin salir de él, se realiza el drama entero de la vital pretensión humana de la felicidad perfecta. El corazón es el centro de producción y escucha de llamadas del bien y del mal diversísimamente encarnados e inculturados, y centro también de respuestas, tenazmente registradas en él, junto con su repercusión gozosa o dolorosa, exitosa o frustrante.

¹ Recuento y comparación realizados en el libro *“Concordantiarum SS. Scripturae Manuale*, PP de Raze, de Lachaud et Flandrin, Barcelona, Editorial Librería Religiosa, Aviñó 20, 1964. Obra en la que constan todas las palabras de la Biblia en su versión Vulgata, notando los lugares concretos de aparición .

Si alguna sede corporal puede reclamar para sí la voluntad, facultad últimamente decisoria y ordenadora de toda nuestra actividad responsable, es el corazón. En él está resumido el dramatismo existencial y cotidiano de la vida.

Y nos abre además el corazón la puerta hacia la raíz metafísica de la voluntad y su fuerza. El corazón, sede simbólica del querer y del amor, lo es también del que podemos llamar centro sustancial del hombre.

V - 6. El corazón, sede simbólica del centro sustancial del hombre.

Valga una breve explicación del alcance y sentido del término

Ya hemos visto cómo para cualquier cosa su ser es su bien. Por eso lo ama. Con lo cual el ser deja de ser una mera idea para convertirse en un valor. Y con ello adquiere peso y densidad. Pero obviamente ese peso y densidad no son puras cualidades sustentadas en sí mismas. Tienen que tener un centro sobre el que graviten. Es la sustancialidad, o de otra forma la cosa misma en cuanto que, replegándose sobre sí misma y sustentándose a sí misma, se convierte en centro de sí misma. El centro sustancial resume en sí toda la integridad de la cosa. Y como es el último punto de sustentación de toda ella corre de su cargo el éxito o el fracaso de su tarea de sustentación. Por ello esa su tarea le es irrenunciable, y en cuanto sea capaz de ella, el centro sustancial está forzado a poner toda su sinceridad en su cometido.

El cometido es total. Sobre el centro sustancial pesa toda la integridad de la cosa, todo lo que ella es en su dimensión física y real entre las demás cosas. El centro sustancial es el ser de la cosa en cuanto sustentador de todo lo que la cosa es. Sintetiza, por lo tanto sus dos planos: el metafísico o del ser, y el físico o del contenido concreto de ese ser, es decir, la esencia o naturaleza.

No es necesario advertir que hablando de "centro sustancial" no nos estamos refiriendo a ningún punto material situado en el interior de la cosa, cuya localización retaría nuestra navaja. Utilizamos el término por lo expresivo que es en el momento en que se quiere significar la unidad de la sustancialidad, y porque la imaginación descansa representándose la tensión procedente de todas las partes de la cosa, como tendiendo a un centro, y dirigida a unificarlas y salvarlas del abismo de la nada.

Así que el centro sustancial es la cosa entera, con su concreta e individual esencia y naturaleza, en cuanto animada de la pretensión de lograr para esa naturaleza la persistencia en el ser, la discreta y ordenada satisfacción de sus tendencias y el desarrollo perfecto de todas sus posibilidades, tanto las genéricas como las individuales.

V - 7. El centro sustancial del hombre ha perdido la indiferencia.

En el hombre ésta pretensión dirigida hacia el propio ser está informada por la presencia. El hombre se hace presente a esa pretensión de sí mismo, se hace presente a las realidades a las que el desarrollo de su naturaleza le abre, y se hace presente sobre todo al valor de esas realidades, sobre todo al valor supremo a que toda la realidad está abierta, a la realidad absoluta, al puro ser, a Dios. Dios supone para el hombre la pérdida total de la indiferencia. Dios al hombre no le es indiferente. Y de esa no indiferencia participan todos los demás valores, en el grado en que estén vinculados a Dios.

V - 8. El amor de la voluntad, razón de ser de la naturaleza humana.

El centro sustancial del hombre es ante todo una presencia estremecida por la pérdida de la indiferencia, una presencia amante, dramáticamente amante. Llamarle a ese centro sustancial corazón o llamarle alma es plenamente legítimo y hasta recomendable. Así como también lo es el considerar como facultad de la voluntad este preciso aspecto por el que el centro sustancial, corazón o alma, pierde la indiferencia y se convierte en amor.

Resulta de ello que la voluntad –admitamos la denominación- supera en importancia a las demás facultades, que se ponen, por eso, a su servicio.

Es dinámica y dramática, no estática y abstracta la concepción recta de la naturaleza humana. Es verdad que posee una gran riqueza de aspectos y facultades. Pero mientras no las asumamos en el amor, y un amor que se sepa enraizado en el centro sustancial del hombre, correremos el peligro de perder de vista su razón de ser.

V - 9. Complejidad de las acciones humanas.

No obstante, aun asumiendo el amor y concentrando en él -afirmado o negado, exaltado o deprimido- el significado y valor de nuestras operaciones, no carece de dificultades el estudio de la naturaleza humana. Porque, presente al *puro ser* y abierta a El, queda transida de la infinitud de éste y adquiere dimensiones inabarcables. Si estudiar supone medir, ¿quién mide una disposición anímica afectada por el Infinito?

Y a esto se añade que tal disposición tiene cauces de expresión y manifestación estrechos y particularizados. Está encauzada en el espacio y el tiempo, que imponen a las vivencias su dispersión y parcialización. Las vivencias intensamente significativas (pongamos por caso un atentado terrorista cercano y de gran envergadura) tienden como a concentrar su dramatismo en un punto inmensamente

denso que cae a plomo sobre el alma y la embarga toda, clavándola en un ahora indefinidamente prolongado y en un aquí que pierde también su carácter puntual de partícula del espacio, para abarcar toda su inmensidad, como único recipiente digno de un estupor también inmenso. Pero dura poco la ilusión de inmensidad y eternidad. El espacio y el tiempo no tardan en volver a imponer su inexorable ley de distensión, mitigando el estupor por debajo de lo digno, y hasta olvidándolo.

Nuestra humana naturaleza se expresa y se desarrolla por medio de estímulos que no pueden nunca liberar por completo de las coordenadas del espacio y el tiempo las vivencias que provocan, por muy espirituales que sean.

En conclusión, cualquier acción humana es el resultado irreplicable de dramáticos y complejimos factores. Basta con notar que se entrecruzan dos libertades, una de las cuales es divina.

Al hombre hay que enfocarlo antes desde su corazón y su verdad que desde sus componentes físicos, sobre todo puestos a estudiar el *deber ser* de la convivencia humana, no precisamente su buen funcionamiento. Claro que también este último merece atención, pero no es el objetivo propio de nuestro estudio.

V - 10. La fuerza del ser está en función de sus propiedades. De nuevo la unidad.

Aclarado nuestro enfoque, proseguimos nuestro estudio sobre la fuerza del ser y de la voluntad.

La fuerza del ser hay que buscarla en la precisa nota que constituye al ser en ser, es decir, en la autoposesión. Es verdad que el ser queda constituido en ser, justo por estar fuera de la nada. Pero ese estar fuera de la nada comporta una positividad, que es la presencia, que consiste en "ser ante sí, consigo y para sí". La presencia se presenta con tres propiedades tan últimas como lo es ella misma: la unidad, la verdad y la bondad. Convendrá recordarlas.

La presencia tiene que ser últimamente unitaria. Claro que se pueden dar y se dan entes compuestos. Pero en cuanto compuestos no son últimos. La ultimidad hay que buscarla en el o los elementos simples en que se resuelve el compuesto. Esa ultimidad simple y una tiene que darse, porque es absurda una multiplicidad perpetuamente disgregable. El ser, por lo tanto, en cuanto ultimidad es una presencia idéntica solo consigo misma e indivisa internamente, es decir, una.

V - 11. Verdad.

La segunda propiedad es la verdad. Hablamos aquí también de la verdad radical, no de la que con tanta frecuencia echamos de menos en las palabras de los hombres. No tengo nada que objetar al camino tradicional para llegar a la verdad del ser, que es la mente divina. Se dice que el ser es verdadero

en cuanto se acopla infaliblemente con la mente divina. Es decir, ante Dios, instancia suprema de todo ser y verdad, el ser es, es de verdad. Por nuestra parte preferimos apelar al que se me ocurre llamar "horror al abismo". El abismo aquí es el del absurdo y la contradicción en que caería la mente de quien negara que el ser mientras es y en el grado en que es, es de verdad. ¡Pobre sería la mente humana si tuviera negado este último reducto de la verdad! Obsérvese que ni siquiera tratamos aquí de reivindicar verdad para el mundo exterior a nosotros. Nos movemos en un plano anterior incluso al que problematizaba Descartes cuando proponía la hipótesis de que la persuasión realista de que gozamos en nuestro ordinario movernos por el mundo fuera fruto del influjo falaz de algún genio maligno. Es el concepto mismo de ser, previo a su posible realización física, el que reclama verdad. Si este reclamo resultara fallido, desaparecería toda esperanza de toparnos con la verdad en ninguno de sus sentidos. La vida humana sería un caos de soledad y destrucción.

Podemos captar el sentido que tiene el término verdad en esta su adjudicación al ser, en ciertos momentos de nuestro hablar en que damos al término "es" un énfasis especial que lo destaca de su uso normal meramente predicativo. Decimos a veces: "Esto es así" enfatizando el "es" o bien el "así". En el primer caso, énfasis en el "es", queremos como explotar toda la carga de verdad que tienen las cosas simplemente por ser, la carga de verdad del ser en cuanto ser. Con lo cual estamos reconociendo implícitamente la verdad radical del ser, la verdad ontológica.

Esta verdad ontológica no garantiza sin más el reinado de la verdad en el mundo, pero sí que este reinado es posible y debe ser instaurado como base y fundamento de toda convivencia: es la cabeza de puente hacia cualquier otro tipo de verdad.

V - 12. Bondad.

La tercera propiedad del ser en cuanto ser es la bondad. Al ser le es bueno y apetecible ser. El ser quiere ser, ama ser. El ser como presencia es autoposición. Y la autoposición postula que el ser se es bueno a sí mismo. Este es el sentido primitivo y radical del concepto de bondad. Si lo negáramos se derrumbaría la posibilidad de cualquier tipo de bondad en el mundo. Dios mismo no sería bueno, ni podría serlo.

Estas son las tres propiedades del ser en cuanto ser. Huelga decir que todas tres se entrelazan y predicán la una a la otra, pudiendo hablar de "unidad verdadera y buena", "bondad una y verdadera", etc.

Esta explicación sobre las propiedades del ser la había ocasionado la necesidad de matizar en qué sentido podemos hablar de fuerza cuando tratamos de explicar la tensión con que el ser se autopretende y, derivadamente, el concepto de fuerza de voluntad.

La respuesta es ya fruto maduro. Así como la fuerza del boxeador está tipificada por su radicación en los músculos y su pertenencia como cualidad a su constitución corpórea, la fuerza de la

voluntad lo está por su radicación directa en el ser y sus propiedades. Quien quiera desarrollar la fuerza de su voluntad, se trate de una persona individual o de una colectividad, trate de actualizar la unidad, verdad y bondad que forman su tejido. Busque ante todo el bien. Ya esta búsqueda es un acto de amor. Queriendo la voluntad el bien en aquello a lo que se dirige, está en el fondo actualizando la presencia y pretensión del propio ser. Consecuentemente se actualiza la autoposesión, se consolida la conciencia básica del propio ser, el *"habitare secum"*, habitar consigo mismo, y surge el gozo. Se produce pues una constelación de signos experimentables que delatan el buen querer y acrecientan su bien. El buen querer está en la línea misma del ser.

Por eso, en el querer, junto al bien han de resultar actualizadas las otras dos propiedades del ser: la verdad y la unidad. No es posible un buen querer, un auténtico querer si tanto en el querer como en lo que se quiere se resiente la verdad. Esto, el que la verdad se resienta, es posible gracias a la libertad de opción, fruto, de valor ambiguo de la autoposesión que comporta consigo el ser del hombre. La autoposesión comporta autodominio, y el autodominio libertad.

V - 13. La voluntad es capaz de negar el amor al propio ser.

"Valor ambiguo", porque la libertad de opción capacita dramáticamente a la persona para obstaculizar el buen funcionamiento de la propia ley metafísica que funda la voluntad: la ley de que el ser quiere ser. Es verdad que esta ley es inderogable. Pero cuando esta ley se convierte en voluntad, el dominio del propio ser que la voluntad comporta en su radicación en el ser, al no ser un dominio creativo, no tiene en su mano la existencia o inexistencia de ese su ser, y se reduce a la inclinación. Este es el momento en que surge la voluntad como facultad. La voluntad como facultad es la posibilidad práctica de convertir en inclinación o aversión hacia un objeto concreto o hacia un proyecto concreto de actuación la radical voluntad de ser. Así como la voluntad radical de ser está inherente al hombre en cuanto ser, la voluntad como facultad lo está al hombre en cuanto esencia y naturaleza. La esencia del hombre surge cuando el ser del hombre, abocado a actuar de una manera concreta tiene que adoptar una configuración física (corporal y psíquica) es decir, un conjunto de cualidades y potencialidades, que le permita moverse en la realidad de las cosas. Notamos que a pesar de que el párrafo tiene una estructura sintáctica de carácter temporal –"surge cuando..."- no le damos un sentido evolutivo, ni siquiera nos referimos al tiempo. Queremos significar solamente la posterioridad metafísica de la esencia con respecto al ser.

Pues bien, la voluntad como facultad es capaz de negar lo que, como ser, es incapaz de hacerlo, que es su tendencia al propio ser. El hombre como ser no puede dejar de querer su propio ser; pero como naturaleza, puede inclinarse hacia objetos que traigan consigo la negación y hasta la destrucción (en la intención) de su propio ser. Y ese es el drama de la voluntad libre humana, a la que durante siglos se ha llamado "libre albedrío".

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA O EL SURGIMIENTO DEL
ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER.

Esto ocurre cuando el querer, supuestamente dirigido al bien porque parece estarlo al propio ser, está en oposición a la verdad y la unidad.

Para acabar de verlo tengamos en cuenta que nos movemos ya en el terreno práctico de una voluntad hecha ya facultad. En este momento el ser metafísico y radical que era el objeto de la radical voluntad de ser, se convierte en el ser integral –el ser físico tal cual se da en la realidad- de la compleja naturaleza humana.